

ANTONIO CALVO MATURANA, *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Marcial Pons, Madrid, 2013, 312 págs., ISBN: 978-84-92820-85-6.

La fábula del “Asno cargado de reliquias” nos introduce en un exhaustivo análisis del colectivo de hombres encargados de la empresa político-administrativa de la monarquía española a finales del siglo XVIII. Multitud de nombres, obras y espacios perfectamente entrelazados, sirven al autor para dibujar un retrato de conjunto sobre la élite política e intelectual del cambio de siglo, desde sus formas de entender la realidad y representarse ante los demás, medios de circulación y difusión, modos de sociabilidad, esperanzas y también desasosiegos de un grupo político de enorme valor histórico. Convencidos la mayoría de la necesidad de las reformas, todos o casi todos, intentarán compatibilizarlas con el respeto al orden social y jurídico del Antiguo Régimen. Reformas, por tanto, que debían pasar si o si por la cabeza del rey, pilar básico de un sistema cuyos servidores se esforzarán en mejorar en nombre de la autoridad real, con un resultado que –paradójicamente– terminará socavando los cimientos de la misma.

Las premisas de las que parte el autor en la introducción de la obra no dejan lugar a dudas. El complejo proceso de 1808-1812 fue para Calvo Maturana –en línea con otros historiadores como Cruz Valenciano, Molas Ribalta o Dedieu– más que una abrupta ruptura surgida de la nada, una evolución lenta que arranca mucho tiempo atrás y que conocerá cambios y permanencias a lo largo del siglo XIX. Un proceso político –insistimos– protagonizado en origen por la élite burocrática y administrativa de los reinados de Carlos III y Carlos IV, hombres (y también mujeres) nacidos y formados por tanto en los marcos del absolutismo político.

En el grupo analizado se darán cita no sólo los grandes nombres ilustres del periodo sino también personajes menos conocidos o “segundones” de la administración y las letras españolas del momento. Un conjunto social más o menos heterogéneo de personas que tendrán en común –entre otras muchas cosas– el servicio al rey. *Ciudadanos*

sin soberanía pero cargados de razones y argumentos, que se conocen, relacionan y hablan entre sí, y que terminarán –en apenas dos décadas– haciéndose con las riendas del Estado Borbónico como paso indispensable para la conquista de su propia soberanía. Una auténtica evolución política e ideológica que el autor analiza a partir de tres claves correspondientes a los tres capítulos en los que se organiza la obra, como son los rostros del poder, lo discursivo y uso de un lenguaje cada vez más comprometido y la conciencia y representación de una identidad política que comienza a ser difundida en mayor grado.

En el capítulo inicial, “Al servicio del rey”, Calvo Maturana repasa los hitos principales de las carreras políticas tipo en la monarquía dieciochesca, de las que destaca una multitud de servicios que le impiden establecer un *cursus honorum* homogéneo. De los casos analizados aísla y se detiene conscientemente en los servicios prestados en el terreno de la literatura política de corte proyectista, una vía por la que muchos de los administradores y personal de gobierno lograrán incrementar sus cotas de aceptación y consideración en el entorno más próximo al rey. Labor, la del escritor político, que con apoyo en un minucioso y actualizado aparato bibliográfico, examina detenidamente para centrarse después en ciertas dimensiones más polémicas como la edición, firma de las obras, plagio, etc. Fiel a su objetivo, el autor personaliza en este apartado y desciende al estudio de determinadas carreras donde las letras y la política se dan la mano (casos como los de Meléndez Valdés, Lorenzo Villanueva, Díaz de Valdés, Jovellanos, Forner, la familia murciana de los López Oliver, Foronda, Azara, los escritores relacionados con el Juzgado de Imprentas o los mismos censores del Estado). Una literatura que además de buscar el propio reconocimiento y la valoración de los autores se dirigía a todos los niveles de la administración y gobierno, en una suerte de modelización de lo que “debía ser” tanto a escala local como a la totalidad de la monarquía. De ahí que en muchas de las “Máximas”, “Avisos” o “Remedios” escritos por estos reformistas ilustrados, lata siempre la preocupación por corregir determinados vicios o excesos detectados en los gobiernos locales, bien en las conductas de los corregidores, bien en los intendentes, etc.

En el capítulo segundo, “Al servicio de la patria”, se analiza el proceso de transición ideológica que la entrada en juego y la reformulación de conceptos como “patria”, “nación” o “ciudadanía” acarrearba. A veces como sinónimos, otras con un significado próximo, tales conceptos enraizaron pronto en la práctica discursiva dirigida a exhortar las virtudes del “hombre de bien”. Lo que queda claro es el manejo habitual en el imaginario ilustrado español de la segunda mitad del siglo XVIII, de una serie de términos de los que el propio autor se pregunta si no contribuyeron también a hacer rivalizar el tradicional servicio al monarca con nuevas categorías políticas que fácilmente podrían sobrevivir al rey. Un discurso en el que comenzaban a asomar ciertas críticas a determinados fundamentos arraigados en la sociedad del Antiguo Régimen, como el debate sobre la nobleza heredada e inútil frente a la potenciación e idealización de la nobleza adquirida o de mérito.

La exaltación de la virtud, su estandarización y ejemplificación implicó todo un programa que –con el visto bueno de la corona– pasó inevitablemente por la *heroización civil* de ciertos militares, clérigos y sobre todo ilustrados, elevados a la inmortalidad a través de la recreación y publicación de sus trayectorias en forma de elogios, biografías, memorias, etc. Un estado de cosas en el que se vislumbraban ya ciertos matices de cambio y del que también participarán las mujeres, ocupando una parte muy importante de la literatura moralizante de la época. Autores –como Jovellanos, Moratín, Villanueva– pero también autoras –Josefa Amar, María Rosa Gálvez, entre otras– se preocuparon por dibujar un canon de mujer que sin romper del todo con la imagen de “semiesclava doméstica”, contribuyó a ajustar su papel al inminente tiempo de los ciudadanos. Una evolución que obligó al monarca a construir una imagen acorde con el espíritu de su tiempo. En este punto, el autor realiza un interesante examen de los proyectos culturales del último tercio del siglo XVIII, dirigidos a reforzar la proyección de un rey que debía presentarse de forma mucho más cercana, como padre protector interesado en la prosperidad y felicidad de sus súbditos; propósito para el que tanto la Historia, como el Arte o el Teatro servirán con éxito.

Lentamente, la identidad del político de finales del setecientos y primeros años del siglo siguiente, se ira perfilando sobre la base de cri-

terios renovados que harán hincapié en el valor del mérito, la formación y experiencia frente a prácticas cuestionables como la venalidad o el clientelismo. Con esta disyuntiva entre carrera o clientela, inicia Calvo Maturana el tercer capítulo de su obra. En él describe las muchas controversias de un sistema que comenzaba a valorar más la *cana a la cuna* pero que toleraba prácticas como el nepotismo o la recomendación en la provisión de empleos, formas, sin embargo, que no tenían porqué excluir el mérito de los así nombrados. De enorme interés resulta el análisis sobre la creciente politización del modo de provisión de los empleos, decisión que ya en el último tercio del siglo XVIII solía recaer casi enteramente en los secretarios de Estado y Despacho, lo que favorecía una selección mucho más discrecional –política– entre un número reducido de burócratas, intelectuales y administradores relacionados entre sí, como parte activa de clientelas y grupos de poder creados en torno a ciertas autoridades (Floridablanca, Godoy, Urquijo, etc.).

Consecuencia del enorme peso de lo político en las esferas gubernativas y administrativas, fue la traslación de su interés al resto de la sociedad, de ahí los esfuerzos por controlar y orientar la incipiente “voz general” del vulgo, tan criticada como temida por los dirigentes reales. Si tenemos en cuenta que el siglo XVIII –tal y como acertadamente ha descrito Morales Moya utilizando una cita de R. Remond– es “un conjunto en el que lo político adquiere singular relevancia como ámbito de gestión de la sociedad global”, no nos extraña la variedad de espacios de sociabilidad y difusión política en forma de cafés, tertulias y reuniones privadas, librerías, u otros medios como los pasquines, prensa, etc., analizados por el autor. Formas de comunicación y transmisión –de muy diversa naturaleza ideológica– que contribuirán a rebasar los límites acostumbrados del interés por la información, creando una poderosa herramienta o “tribunal de la opinión”, al que ni los propios monarcas podrán escapar.

La obra de Calvo Maturana, en definitiva, nos ofrece una pormenorizada radiografía ideológica de la élite política e intelectual a la que le tocará vivir la “caída” de la monarquía absolutista. Tal vez hubiera sido recomendable junto al análisis del discurso y la controvertida cultura política, acompañar lo descrito por el estudio de algunas de las carreras

más significativas de los administradores con cierto papel en el *cam-bio de régimen*. Una mayor profundización en la serie de relaciones y alianzas familiares, personales, clientelares, etc., que ayude a conectar la realidad teórica con una –necesaria también– realidad práctica, con el fin de entender de manera más completa uno de los procesos políticos de mayor envergadura histórica. Este interés, no obstante, se ve reforzado por trabajos como el de Calvo Maturana, que no hacen sino insistir en el relieve de un grupo –y esta es una de las principales conclusiones del libro– preparado para asumir el protagonismo que los sucesos de 1808-1812 les brindará. Élite bisagra para un período bisagra marcado por esas dos fechas, que no deben –en palabras del autor– “hacer caer a modernistas y contemporanistas en la fragmentación del estudio”. El de Calvo Maturana, aporta luz y claridad a un proceso empañado todavía por visiones globales que solapan una complejidad sencilla y sugerentemente analizada por el autor.

FRANCISCO PRECIOSO IZQUIERDO

MARCELLA LOPES GUIMARÃES (Org.), *Por São Jorge! Por São Tiago! Batalhas e narrativas ibéricas medievais*, Curitiba, Editora UFPR, 2013, 198 págs., ilustraciones a color. ISBN 978-856-588-812-7.

Las miradas que sobre la guerra en la Edad Media ofrecen los historiadores han variado con el tiempo, resaltándose cuestiones bélicas, políticas, ideológicas, culturales, sociales en función de las corrientes historiográficas en boga. En particular, los estudios comparados resultaron de sumo interés dado que “historizar la guerra”, es decir, estudiar ámbitos y momentos bien definidos a la vez que rescatar la recuperación narrativa de estos acontecimientos singulares, que dieron lugar a ciclos determinados, a personajes legendarios, a mitos fundadores, como señala acertadamente Marcella Lopes Guimarães en la presentación de este libro.